

ORACIÓN PRIVADA Y ORACIÓN PÚBLICA²

1. *La unidad de la oración*

Los antiguos autores espirituales tenían la costumbre de definir la oración como una “elevación hacia Dios”, y esta definición no implica necesariamente palabras. Significa una sencilla actitud de presencia de Dios. Fundamentalmente la oración consiste en aceptar a Dios y sus exigencias: *Fiat voluntas tua*.

La primera oración del Nuevo Testamento no fue una oración de súplica sino de aceptación: “*Fiat mihi...* Que se haga en mi según tu palabra”. Oración, pues, no es otra cosa que decir “Sí” a Dios, y, para decirlo, ni siquiera es necesario pronunciar esa palabra tan corta: “Sí”. Basta estar allí, no irse, permanecer en silencio junto a la mesa de los divinos misterios, cerca del altar, al pie de la Cruz, una vez más como nuestro modelo: *Stabat*.

Por supuesto, tal oración, puesto que es un deseo de acoger a Dios en nosotros mismos, es a la vez una espera, una búsqueda, una aspiración. Todo lo hemos de recibir de Dios y, en primer lugar, a Él mismo. Por esto no es fácil distinguir claramente los diferentes aspectos de esta única realidad.

En este ensayo me ceñiré a lo que podría llamarse la “unidad de la oración”. En primer lugar trataré de recordar la razón fundamental de esta unidad, y después mostrar de qué manera se ha realizado en las dos formas principales de oración: la liturgia y la oración privada.

¹ Fue monje de la Abadía de San Mauricio y San Mauro de Clervaux, Luxemburgo. Falleció el 27 de octubre de 1993. Su producción literaria fue muy abundante (cf. E. Rozanne ELDER [Ed.], *The Joy of Learning and the Love of God: Studies in Honor of Jean Leclercq*, Kalamazoo, MI, Cistercian Publications, 1995, pp. 414-498 [Cistercian Studies Series, 160]).

² Reproducción del artículo publicado en *Cuadernos Monásticos* n. 20 (1972), pp. 79-110.

La oración como misterio

Las realidades más simples son siempre las más ricas. Dios es absolutamente simple. La actividad que constituye el estar con Dios es inagotablemente simple. Posee, y por tanto es capaz de revestir, una infinidad de formas diferentes.

Puesto que es la cosa más personal del mundo: la oración admite tantas formas como almas hay en la Iglesia de Dios. No hay dos oraciones idénticas, como no hay dos almas idénticas. Nuestro Señor ni nos crea ni nos salva en serie, por así decirlo. Su amor para con cada uno de nosotros es personal y único, y nuestro amor para con Él tiene el mismo carácter de intimidad.

Por otra parte, Dios no nos salva separadamente. Hace de nosotros una sociedad divina, un cuerpo, “el Cuerpo Místico”. Somos La Iglesia y estamos en la Iglesia: nadie de entre nosotros constituye toda la Iglesia, pero todo el misterio de la Iglesia –que es el misterio de la salvación– es dado a cada uno de nosotros, incluso si cada uno de nosotros no ejerce todos los actos del ministerio de la Iglesia. Por tanto nuestra oración es inevitablemente una oración de Iglesia: una oración en la Iglesia, una oración con la Iglesia.

Y precisamente es en este momento cuando la oración se convierte en misterio. La oración es personal y única, la realidad más personal y única que podamos imaginar. Sin embargo, al mismo tiempo, no hay oración privada: la oración no es una actitud solitaria en presencia de Dios. No podemos orar solos, no podemos estar solos en la presencia de Dios. No estamos solamente dos, Dios y yo; todos nuestros hermanos en la Iglesia oran en nosotros, con nosotros y por nosotros; nosotros oramos con ellos, en ellos y por ellos.

Esta especie de antinomia entre los aspectos personal y universal de la oración, es un misterio, un gran misterio. Mi intención no es explicarlo. Pero voy a tratar de considerar a la luz de la tradición, cómo vivimos nosotros este misterio.

La oración es un misterio de fe: creemos en la oración como creemos que Dios es Dios, que la gracia es la gracia, que el pecado nos priva de la gracia y así sucesivamente. Y a veces es conveniente renovar nuestra fe en el misterio de la oración. Nos puede ayudar a perseverar cuando nos viene la tentación de no orar más, no solamente porque no comprendemos perfectamente lo que es la oración –problema muy natural, puesto que se trata de un misterio–, sino también cuando no experimentamos ningún sentimiento en la oración, en la que estamos con Dios.

La oración es un misterio, porque es una actividad de Jesucristo en nosotros. Lo único importante es la vida de Cristo. Vivimos en Jesús y él vive en nosotros.

Según esto, Jesús es oración. Siendo imagen del Padre, es —ya que lo fue durante el tiempo de su vida terrena, y lo sigue siendo en su vida celestial— el acuerdo perfecto con su Padre: es aceptación, adoración. Y el Espíritu que nos ha enviado, que nos envía, que es “su” Espíritu, es un Espíritu de oración, un Espíritu que ora. San Pablo nos lo dice: *“Han recibido un espíritu de hijos adoptivos, que hace que gritemos: Abba, ¡Padre!”* (Rm 8,15). Esta es la oración de Cristo, ésta es la oración cristiana, la oración del cristiano. Es la expresión simple y perfecta del asentimiento de Cristo a su Padre. Animados por el Espíritu de Cristo, no tenemos más que decir nosotros también: *“Abba, ¡Padre!”*. Orar es aceptar a Dios. Siendo tan simple, es inexpresable; es necesariamente una forma de silencio.

San Pablo continúa: *“De igual modo el Espíritu viene en socorro de nuestra debilidad; pues nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables”* (Rm 8,26). Inefables: todo lo que podamos decir respecto de nuestra oración, será siempre inferior a la realidad esencial de la oración. La oración será siempre algo distinto, algo más, algo más elevado.

La oración consiste en aceptar a Dios como el Hijo acepta al Padre, y esta aceptación es amor. El amor no es otra cosa que el asentimiento mutuo de dos voluntades. Asentir ante Dios es salvarse, recibir la salvación. San Bernardo dice: *“Consentire salvari est. Asentir es salvarse”*³. Y nosotros no podemos salvarnos por nosotros mismos. Cristo ora en nosotros, Cristo dice en nosotros: *“Abba, ¡Padre!”*, y Dios nos salva en Cristo.

La oración es un misterio porque la salvación es un misterio. La oración es el misterio de la salvación misma. Cristo ora en nosotros, y por tanto debemos creer en la oración, del mismo modo que creemos en Cristo. Cristo, al orar en nosotros, nos salva; por tanto debemos creer en la oración como creemos en nuestra salvación.

Esta concepción de la oración como aceptación de Dios, como asentimiento dado a Dios y a sus misterios, como asentimiento a todo lo que Dios hace por nosotros, asentimiento a la obra de nuestra salvación, explica todos los aspectos de la oración.

³ *De gratia et libero arbitrio*, 1,2; PL 182,1002.

La oración es acción de gracias, porque consiste en recibir en nosotros mismos la gracia de la salvación. La oración es súplica, porque consiste en desear recibir esta gracia siempre más abundante; y lo que pedimos es esencialmente la realización de nuestra salvación. “Sabemos”, explica san Pablo en el mismo pasaje de la carta a los Romanos, *“que toda la creación hasta ese día gime con dolores de parto. Y no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos también dentro de nosotros esperando la redención de nuestro cuerpo”* (Rm 8,22-23).

El objeto de la oración cristiana es la salvación, la plenitud de la salvación. Nuestra salvación se ha realizado en el sacrificio de Cristo; este sacrificio está presente en la Eucaristía. Y por tanto toda oración es eucarística: está dirigida a la Eucaristía, recibe su valor de la Eucaristía, tiene su cumbre, su explicación y su realización perfecta en la Eucaristía, en la Comunión eucarística, inmediatamente después que hemos cantado con el sacerdote *“¡Fiat voluntas tua!”*.

Por tanto, la oración abarca, puesto que es simple, toda actitud cristiana, todo comportamiento cristiano. Y solamente después de haber recordado esta noción completa y fundamental de la oración como misterio, como aceptación de Dios y de sus misterios, es cuando podemos comprender la unidad de las diferentes formas de oración.

Como ya hemos indicado, no hay dos formas iguales de orar en la Iglesia, no hay dos oraciones idénticas, porque cada alma es única, cada gracia —que es la participación de Dios por un alma determinada— es diferente. Hay una diversidad infinita en la oración.

Sin embargo, hay una maravillosa unidad. Diversidad, porque Dios es el creador, absolutamente ilimitado; unidad, porque Dios es uno, el Hijo es uno, y el Espíritu es uno. El mismo Espíritu de Cristo ora en todos nosotros; todos nosotros recibimos, a nuestra manera personal, la misma salvación.

Tanto en la esencia de la oración como en las diferentes formas de la misma, hay una unidad maravillosa. De tal manera que el misterio único y sencillo que consiste en decir *“Abba, ¡Padre!”*, debe expresarse de una manera humana, y normalmente por palabras. Estas palabras jamás serán el elemento esencial de la oración: *«No es diciendo “Señor, Señor”, como se entra en el Reino de los Cielos, sino cumpliendo la voluntad de mi Padre»* (Mt 7,21).

Sin embargo, las palabras son necesarias durante el tiempo que vivamos en esta vida mortal. Si consideramos, pues, la doctrina tradicional de la oración, se ve que la unidad de formas y de expresiones diferentes de la ora-

ción, de este misterio inefable, arranca del hecho de que la oración a Dios se debe expresar, sobre todo, en palabras del mismo Dios.

Dios nos ha hablado, y sus palabras han sido escritas para nosotros en un libro, el “Libro”, la Biblia. Y la Biblia ha de ser la fuente normal de la oración. La Biblia da a la oración todas las palabras de las que ésta tiene necesidad para ser oración, para ser acepta a Dios. Gracias a la Biblia, la oración puede convertirse en una eucaristía: una *eucharistia*, o *gratiarum actio*. Devolvemos a Dios lo que de Él hemos recibido, decimos a Dios las palabras que Él nos ha dicho.

Quisiera mostrar cómo esto se realiza en las dos principales formas tradicionales de la oración: la liturgia y la meditación. Ahora me limitaré a la consideración de la liturgia, y trataré de la meditación más adelante.

La liturgia como oración bíblica

¿Qué es la liturgia? Es la celebración por la Iglesia del misterio de Cristo. Lo que celebra la liturgia no son ni ideas ni teorías, sino hechos, los hechos que nos han salvado y que nos salvan, los acontecimientos de la salvación. Estos hechos son misterios. El principal, el central, es el misterio pascual, el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Los demás lo preparan, lo continúan, o nos manifiestan su contenido, sus efectos, su riqueza.

Entre todos constituyen no un sistema ni una serie de tesis teológicas, sino una historia. La liturgia contiene, renueva y nos comunica la historia sagrada cuyo beneficio —es decir, la salvación en Cristo— se nos comunica en la fe, “en un espejo, de una manera confusa”, y en los sacramentos, en los signos sagrados, de los que el primero es la santa Eucaristía, el sacrificio de la Misa.

La liturgia, a la vez que es la celebración de un misterio, es por sí misma misterio. El misterio nos sobrepasa, nos trasciende. Del mismo modo que el misterio, la celebración es inefable. Pero puesto que estamos en cuerpos mortales, y en un cuerpo social, y esto desde siempre, tenemos necesidad de la expresión. Necesitamos hablar. No contamos para expresar nuestra aceptación del misterio sino con el poder decirlo de una manera o de otra. ¿Qué podemos decir a Dios?

Podemos decir a Dios las palabras de Dios. Y es precisamente por esto, por lo que la liturgia es bíblica. Nuestra santa madre Iglesia ha hecho, en el Libro inagotable, una elección para nosotros. Su liturgia, en lo que concierne a la expresión, es un conjunto de acciones y textos, cuya unión constituye

los ritos. La mayor parte del tiempo éstos son bíblicos, o inspirados por la Biblia o tomados de ella.

En lo que tiene de palabra, la liturgia es una sucesión de lecturas y cánticos, tomados la mayor parte de las veces de la Biblia. Tanto unos como otros, pero sobre todo las lecturas, nos instruyen sobre el contenido del misterio; los dos, pero sobre todo los cánticos, expresan nuestra acción de gracias, nuestro entusiasmo, nuestro amor.

¿Cuál es ahora el carácter predominante de esta expresión litúrgica? Es el ser poética, y esto por dos motivos: primero, porque la Biblia es poética; segundo, porque el misterio nos sobrepasa. No podemos expresarlo exhaustivamente, ni siquiera lo podemos explicar de un modo claro. De lo único que somos capaces es de sugerirlo, de evocarlos. Ahí está la función de la poesía: ser una evocación.

Claudel ha dicho: *“Toute est allusion ou illusion”*⁴. Todo puede y debe convertirse en una alusión a Dios, en un signo de Dios. Todas las cosas pueden significar a Dios y sus misterios, y esto es exactamente el objeto de la liturgia. Dentro de la liturgia, el significado obtiene su máximo de eficiencia, porque “los sacramentos contienen lo que significan”.

De este modo comprendemos por qué el lenguaje de la Biblia está perfectamente adaptado al misterio litúrgico. La liturgia es poesía porque es misterio. En poesía las palabras significan siempre más de lo que dicen. Sugieren realidades, provocan experiencias espirituales, que de un modo inexpressable están muy por encima de las mismas palabras y de su usual contenido.

Tal vez conozcan el admirable libro de A. Bremond, *“Prière et Poésie”*, en el que indica que lo propio tanto de la oración como de la poesía, es provocar lo que él llama *“catharsis”*, purificación. La poesía libera lo que de mejor hay en nosotros, nuestras facultades espirituales. Nos eleva y nos exalta por encima de nosotros mismos. Este es el caso de la oración, y, sobre todo de la oración litúrgica. El misal y el breviario son obras maestras de belleza literaria; en toda la literatura no hay nada comparable. La liturgia es totalmente hermosa porque en ella se ha utilizado toda la belleza de la Biblia para expresar la hermosura trascendente del misterio.

Pongamos un ejemplo. Celebramos la fiesta de la Epifanía. En esta fiesta conmemoramos, proclamamos, la manifestación de la venida de Cristo

al Universo. Sin embargo, los textos no desarrollan ideas de divinidad o de universalidad. Los textos son únicamente descripciones poéticas de hechos, y son estos hechos los que evocan realidades más sublimes que las que ningún hombre o ninguna palabra puedan expresar de un modo adecuado.

El Gradual empieza así: “*Las gentes de Saba vendrán trayendo oro e incienso y cantando las alabanzas del Señor... Levántate e ilumínate, Jerusalén, porque la gloria del Señor resplandece sobre Ti*”. E inmediatamente después, como un refrán, vuelven las mismas palabras poéticas: “*Las gentes de Saba vendrán...*”. Después, el Evangelio nos narra cómo los Magos vinieron con sus regalos y adoraron al Niño como Dios.

La proximidad de estos dos textos basta a la Iglesia para sugerir el misterio —que nunca se expresa de un modo especulativo— de la universalidad del Reino de Jesús. Esta Misa es, por sus textos, una ilustración del misterio que en la Eucaristía se realiza ese día y todos los días.

El culto de la Iglesia es esencialmente poético porque su objeto, el misterio y su expresión, el lenguaje bíblico, no son realidades humanas. Los dos están por encima de nosotros, nos sobrepasan, nos elevan sobre nosotros mismos. Por esto la liturgia es tan difícil, y en los últimos siglos no ha sido verdaderamente comprendida por mucha gente, aunque la Iglesia la haya guardado como un tesoro, como la expresión normal y más alta de su magisterio ordinario.

Tal vez la dificultad esté en que nosotros queremos comprender demasiado. Y lo que necesitamos no es tanto comprender como consentir. San Benito tiene en este punto una frase maravillosa. Después de haber reglamentado con todo detalle el oficio divino, habla de lo que los Monjes hacen durante éste, y dice: “*Mens nostra concordet voci nostrae*” (cap. 19). Para él la liturgia es oración mental: “*Mens nostra*”. Pero esta oración mental consiste en “consentir” con lo que proclama nuestra voz, es decir, con las palabras de Dios en el texto de la Biblia. Tenemos que poner de acuerdo nuestro espíritu con lo que la Iglesia nos pide que digamos. La Iglesia ha hecho la elección para nosotros. Nosotros debemos aceptar, consentir, dar gracias y obedecer.

Así es la liturgia. La liturgia es obediencia, renuncia, y por lo mismo culto, pues es un sacrificio perfecto. “Obedezcamos al canto de la sabiduría de Dios y renunciemos incluso a elegir nuestras palabras”, dijo Henri Gheon⁵.

La liturgia es humildad, en la liturgia desaparecemos detrás de la ora-

⁵ *Le miracle de saint Benoît et de sainte Scolastique.*

ción y de la Iglesia y de las palabras de Dios. Dios es el autor principal en la liturgia; a nosotros no nos queda más que decir “sí, amén”, más que cantar “*alleluia*”, como según el Apocalipsis hacen los Santos en el Cielo. Esta “concordancia entre nuestro espíritu y nuestra lengua”, es una concordancia con el espíritu y las palabras de Dios y con el espíritu de la Iglesia.

Comprendemos ahora por qué los autores antiguos, hablan tanto de “reverencia” cuando tratan del servicio divino. San Benito tiene un capítulo titulado “Sobre la reverencia en la oración” (cap. 20). La reverencia es una actitud general de presencia de Dios, de admiración y de temor, tomado este último en el sentido bíblico de la palabra, que incluye amor y humildad. Es muy difícil psicológicamente estar totalmente atento, sin distracciones, durante un oficio largo. Pero, sin embargo, es perfectamente posible guardar esta actitud general de reverencia.

El conjunto de gestos y acciones de que se compone la liturgia crea una maravillosa atmósfera de oración, de poesía, de alto clima espiritual que abarca toda la persona, cuerpo y alma. Más que hacia un clima psicológico, la oración y la liturgia tienden hacia un clima espiritual. Incluso si es difícil dedicar, durante un tiempo prolongado, una atención actual y fija a las ideas, es fácil tomar parte de un modo activo en el servicio divino.

Georges Goyau ha denominado ciertas formas de oración, como “una gran distracción hacia el cielo”. Esta definición, a despecho de su formulación paradójica, no carece totalmente de significado. Lo que se requiere en la liturgia es una forma de piedad, que, a veces, al menos para algunos de los participantes, excluye la atención a las palabras. El maestro de ceremonias, el director de coro, el sacristán y algunos otros, deben estar atentos a un determinado número de cosas de una manera tal que recuerda las palabras de Nuestro Señor: “*Te inquietas por muchas cosas*”.

Pero, en este caso, todas esas cosas son indispensables para la perfecta expresión del “*unum necessarium*”, de la única cosa necesaria. Esta última implica todas las palabras, cantos y acciones.

Y solamente cuando nosotros cumplimos exacta y minuciosamente todo lo que la Iglesia pide por medio de sus rúbricas, es cuando estamos en pleno acuerdo con el misterio divino que se realiza en la liturgia. Este conjunto de palabras poéticas, de signos, de actitudes, es la obra maestra de la oración de la Iglesia, y al mismo tiempo una obra maestra de literatura humana y divina.

siderado a los salmos como textos difíciles, como oraciones difíciles. Por esto desde los primeros siglos del cristianismo ha habido una abundante literatura extrabíblica relacionada con los salmos: “*Capitula*” o resúmenes, comentarios, glosas, colectas sálmicas..., y de un modo particular los títulos *Tituli Psalmorum*, de los que existen varias series patrísticas⁶. Estos títulos sugieren una línea general de interpretación para cada salmo. Siempre se trata de una interpretación cristiana, profética y cristológica: “*Vox Christi*”... “*Vox ecclesiae*”, y así sucesivamente. Estos textos menores, que se encuentran en los manuscritos al lado de los textos mismos de los salmos, indican claramente que los salmos han sido siempre considerados como textos difíciles de oración. Sin embargo la Iglesia los ha mantenido siempre y no parece dispuesta a cambiar de parecer en este punto. ¿Por qué esto, sino porque los salmos son una manera perfecta de oración? Abarcan todas las especies y todas las formas de oración. Son la expresión más perfecta de lo que la Iglesia puede decir a Dios. Y valen más que cualquier otra fórmula que nosotros pudiéramos inventar.

Ha habido una gran tradición literaria del *Laus Psalmorum*, de la alabanza de los salmos, de la que Casiodoro es el representante más ilustre. Su texto fue copiado con frecuencia durante la Edad Media. Y verdaderamente los salmos permanecen como una obra maestra de la literatura y de la oración. La Iglesia no habría podido encontrar una forma de oración más adaptada a todos los espíritus y a todas las situaciones. El conjunto de los salmos crea una atmósfera de oración que nos eleva por encima de nosotros mismos.

Del mismo modo, toda la liturgia es un conjunto milagroso (más aún, carismático) de oración y poesía, gracias a los salmos. Pensemos lo que sería la liturgia sin la Biblia. O no existiría en absoluto, o se vería reducida a una simple colección de prácticas devotas. Estas serían ciertamente muy fáciles o al menos más fáciles, pero sentimentales y menos nutritivas para nuestra alma, marcadas además por la impronta de una época o de un hombre, y desprovistas, sin lugar a dudas, de ese carácter poético y universal de la gran liturgia católica.

Pensemos también en lo que sería la Biblia sin liturgia: simplemente un libro más, nada más. No sería ese libro vivo, esa doctrina viva, ese alimento sustancial que la Iglesia nos distribuye en el Oficio Divino y en la Santa Misa. ¡Qué sentimiento de frialdad, de vacío, de tristeza, nos invade cuando entramos por confusión o casualidad, en la sala de reunión de algunas sectas!

⁶ Cfr. P. SALMON, *De l'interprétation des Psaumes dans la liturgie aux origines de l'Office divin*, en *La Maison Dieu* 33 (1959), p. 187. Y en los *Tituli Psalmorum des manuscrits latins*, Paris, du Cerf, 187 pp. (Collection “Etudes liturgiques”), ha publicado las series tradicionales de estos títulos, exponiendo en la introducción su historia y su interpretación.

Oímos leer algunas páginas de un libro, pero no es una lectura viva. No hay ni acción, ni sacramentos, ni realidad, porque allí no hay liturgia.

“Que nuestro espíritu esté en armonía con nuestra voz”. En la liturgia se nos invita a poner nuestro espíritu en armonía con lo que la Iglesia hace por nosotros y dice a Dios.

Y la mejor manera de entender estas palabras es pronunciándolas. San Bernardo ha escrito una fórmula concisa pero maravillosa: “*sola quae cantat audit*”. El alma no escucha verdaderamente más que cuando canta⁷. Cante-mos, pues, para poder escuchar las palabras de Dios en la liturgia de la Iglesia. Cantándolas es como llegaremos a entenderlas.

2. *Lectura bíblica y meditación*

Si consultamos la tradición sobre lo que podemos llamar, a título provisional, meditación, notamos que se le puede aplicar el mismo lema que a la oración litúrgica: “*Mens nostra concordet voci nostrae*”. Que nuestro espíritu esté de acuerdo con nuestra voz. Hemos visto cómo la liturgia es oración mental, puesto que consiste en poner el corazón, el espíritu y el alma entera (e incluso el cuerpo, pues también toma parte en la acción) de acuerdo con las palabras que la boca pronuncia, y que son las palabras de Dios. Del mismo modo, según la tradición, la meditación es oración mental, puesto que consiste en poner de acuerdo el espíritu y lo que los labios pronuncian. Hemos de tener en cuenta algunas definiciones para alcanzar el significado pleno de este dato tan importante en la historia de la oración.

Decía que hablamos “provisionalmente” de meditación, porque esta palabra implica tres realidades diferentes, o, mejor aún, tres fases que debemos distinguir en la misma actividad de la oración. Son la “*lectio*”, la “*meditatio*” y la “*oratio*”.

Lectura

La fase fundamental de toda actividad de oración era, para los siglos contemplativos, la *lectio*. Naturalmente consiste en leer, pero en leer la Palabra Divina. Es por lo que se llama “*lectio divina*”. Se la llama *divina* porque su objeto es la Sagrada Escritura.

Además, tanto para la Iglesia antigua como para la medieval, la Escritura no se ha separado nunca de la interpretación que de ella ha dado la tradición. De tal suerte que la *lectio divina* no sólo abarca la Biblia, sino también los comentarios escritos sobre ella por los Padres, a los que se les designa como *expositores*; son los que han explicado la Biblia.

En la Edad Media, esta misma noción de *expositores* se aplica a los llamados autores “modernos”, es decir, a los de épocas más recientes, como la época carolingia, san Bernardo... El mismo término se podría aplicar, hoy en día, a un gran número de libros, como, por ejemplo, los del P. Bouyer, del P. de Lubac y de tantos otros que fundamentalmente no hacen otra cosa sino explicar la Sagrada Escritura.

Meditación

Éste era el contenido de la lectura. En cuanto al *modo* de leer, no hemos de olvidar que hasta una época relativamente reciente, para leer se servían más de la voz que de la vista. Se comprendían las cosas, no viéndolas escritas, sino oyéndolas pronunciar por la propia voz. Al moverse los labios, el cuerpo entraba en acción, y se posesionaba del texto al expresarlo.

La “meditación” propiamente dicha, consistía en esta acción de pronunciar las palabras. Como ejemplo citaré solamente un hermoso introito de nuestro misal: “*La boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará con cordura*”. Es la boca, “*os*”, la que medita la sabiduría: *Os meditabitur*.

Tanto en la época bíblica como en el período patrístico y medieval, la meditación era un ejercicio de memoria. Se fijaba el texto en la memoria, a base de repetirlo una, dos, o tres veces, si fuera necesario, de tal forma que así se le podía retener en el espíritu, apreciar, y gustar su sabor, su *sapor*. De ahí viene el refrán: *Sapientia, id est cognitio vel lectio sapida*.

San Ignacio de Loyola ha conservado algo de este método al recomendar repetir al máximo la Biblia, paladeando cada una de sus palabras⁸. De hecho, incluso hoy en día, mucha gente sencilla que no ha divorciado todavía la actividad de la vista de la de la boca, pronuncia las palabras cuando las leen. E incluso nosotros mismos hacemos, aunque de un modo inconsciente, movimiento rudimentario de nuestros músculos, tanto cuando leemos, como

⁸ Cf. *Ejercicios espirituales*, “Cuarta semana”: el segundo modo de orar.

cuando pensamos, fenómeno que los psicólogos llaman “ritmo laringobucal”.

Lo que a nosotros nos interesa es que, según la tradición, no puede haber meditación sin lectura previa o simultánea, sin *lectio divina*, o, dicho de otra manera, sin la Biblia y sus comentarios.

Oración

La *oratio* surge normalmente y sin ningún trabajo cuando se han ejercitado ya las dos actividades anteriores. Para los antiguos, la meditación consiste en reaccionar ante un texto leído o meditado. Todo el proceso de la *lectio divina* está en conformidad con las normas de la psicología.

Desde este punto de vista podemos comprender muchos textos antiguos que hablan de la *oratio*. Citaré solamente algunos. San Benito dice que la oración debe ser breve y pura, *brevis et pura*⁹. Pura, según san Casiano y los autores tradicionales que son la fuente de san Benito, significa sin distracción. Y puesto que es un hecho que para la mayoría de los hombres, incluso en la antigüedad, es imposible permanecer largo tiempo sin distraerse, la oración, para que permanezca pura, ha de ser breve.

San Columbano escribe en el siglo VI:

“La verdadera tradición en lo que concierne a la oración, está en que las posibilidades del hombre consagrado a esta tarea se realicen sin que se canse de ella. Hay que tener en cuenta tanto sus posibilidades, como su potencia mental y su condición física. Se deben tomar en consideración sus limitaciones y deben de realizarse sus posibilidades según lo exija la medida o el fervor de cada uno” (“*Quantum uniuscuiusque fervor exigerit*”)¹⁰.

La oración, según los antiguos, debe ser siempre espontánea. Consentir con Dios debe ser una actividad libre.

Hildemaro, el más antiguo comentarista de la *Regla* de san Benito, escribe en el siglo IX, interpretando las tradiciones orientales y occidentales:

“En Oriente es costumbre rezar a menudo y breve. Porque debemos permanecer ensimismados en la oración solamente el tiempo que con

⁹ *Regula monachorum*, cap. 20.

¹⁰ S. *Columbani opera*, ed. G. S. M. WALKER (Dublin 1957), p. 138.

la ayuda de Dios podamos suprimir los vanos pensamientos. Tan pronto como nos demos cuenta de que nos vencen las tentaciones y que no encontramos más delectación en la oración (“*et iam non delectamur*”), debemos levantarnos y volver ya a la lectura o a la recitación de los salmos, ya al trabajo manual”¹¹.

La oración es una sucesión de estos tres ejercicios espirituales: *Lectio, meditatio, et oratio*, una sucesión natural, fácil, espontánea y alegre. La alegría que a cada uno procura, fija su propia duración: “*et iam non delectamur*”. Por tanto es preciso volver a la *lectio* y a la *meditatio* hasta que la inspiración de Dios nos proporcione la *oratio*.

La misma idea la encontramos en el Prefacio de las *Meditations* de san Anselmo:

“El que lee, no debe preocuparse de leer algo desde el principio al fin, sino solamente lo que juzgue que le será útil con la ayuda de Dios, para despertar afectos divinos, o lo que le proporcione alguna alegría”¹².

El objeto de la lectura es suscitar la oración.

Estos testimonios bastan para demostrar que, para la tradición, de la misma manera que no hay liturgia sin Biblia, no hay tampoco meditación sin Biblia. De aquí deriva la unidad de todas las formas de oración. Hay unidad entre ellas porque: 1) dependen todas del mismo Libro, la Biblia; 2) todas consisten en leer, pronunciar, y poner el espíritu humano de acuerdo con las palabras divinas: *Mens nostra concordet voci nostrae*.

Estados de oración

Estas dos formas de oración, liturgia y meditación, conducen a lo que los modernos autores espirituales han llamado “estados de oración”. La *lectio divina* prepara o provoca un contacto personal con el Señor. En un momento dado se cierran el libro o los ojos para abrir el alma a Dios en un diálogo íntimo: un diálogo que podrá ser silencioso o de pocas palabras –san Benito, haciéndose eco del Evangelio, dice: *non in clamosa voce*–; un diálogo que ante

¹¹ *Expositio in Regulam Sti. Benedicti* (Mont-Cassim 1880), c. 20, pp. 258-259, con el nombre de PAUL WARNEFRID.

¹² *Opera omnia* (Edimburgo, Nelson, 1946), III,5, ed. F. X. SCHMITT.

todo consiste en un sencillo estar de acuerdo con las palabras leídas, saboreadas y amadas, y también con Dios que nos habla por medio de ellas. Es preciso llegar a un “contacto” espiritual. Esto supone una intimidad, que, de suyo, es personal y que ningún libro puede expresar en lugar nuestro. Es difícil hablar en este momento de la oración pura, pues supone la experiencia, pero debe producirse y de hecho se produce. Es preciso que lo sepamos y creamos, lo esperemos, lo deseemos, y lo pidamos; Dios no nos lo negará: la oración se nos dará.

Este don se da a cada uno, y es personal; por eso los antiguos lo consideran como algo que no se puede organizar en común, como puede organizarse la oración pública. Viene cuando, como, y según el grado que el Señor quiere, pero viene.

Tanto el don por parte de Dios como el acto de consentir por nuestra parte se deben preparar por un estado de oración. Este estado es favorecido tanto por la liturgia como por la *lectio*. Después de la liturgia, o en ella misma, hay momentos de silencio interior, de recogimiento real, y de contacto con Dios. Estos mismos momentos se dan después de la *lectio*. Entonces es cuando viene esta *oratio pura* de la que nos habla san Benito. Los antiguos *Costumbrarios* monásticos nos enseñan que ordinariamente era al atardecer, después de Completas, cuando los monjes se entregaban a esta *oratio* silenciosa. Después de los trabajos, las ocupaciones y las preocupaciones del día, se recogían, oraban en paz, y permanecían en comunión personal con el Señor. Para ello permanecían en el coro durante un breve espacio de tiempo señalado por el Superior, o incluso durante un espacio más prolongado, si la Gracia les impulsaba a hacerlo (como dice san Benito: “A menos que la duración de la oración no se prolongue por una inspiración afectiva de la gracia”). Hoy día, según el lugar o la costumbre, se hace en otros momentos, pero generalmente a la mañana, en privado o en común.

Estos momentos de oración pura son un anticipo del silencio del Cielo, de ese contacto con Dios que allí tendremos de un modo pleno. Nuestra vida sobre la tierra estaría sin estos momentos desprovista de sabor y de fruto. Y estos momentos se renuevan a lo largo de todo el día. Nuestra oración “corta y frecuente”, se hace tan frecuente que es “continua”. Las jaculatorias, como las llamamos nosotros, o las *orationes furtivae*, como las llamaban los antiguos, han de convertirse en una actividad espontánea y normal, han de ser, por así decirlo, nuestras distracciones normales. Cuando nuestra atención no esté absorbida en alguna cosa determinada, el espíritu ha de liberarse orando, diciendo al Señor algunas de las palabras que Él ha dicho o que a Él se le han dicho: “Líbrame Señor en tu misericordia”; o que Él ha aprobado: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”.

Métodos antiguos y modernos

Debe estar ya suficientemente claro que no hay ningún conflicto entre el modo tradicional de orar, tal como lo acabamos de explicar, y la moderna legislación de la Iglesia en materia de meditación. Bien por el contrario, la tradición puede ayudarnos a vivificar las prácticas y métodos modernos.

Según la tradición, la *lectio*, que prepara el camino a la oración, no es esa clase de lectura que hacemos para instruirnos, incluso en Teología, o para aprender las ideas de otros, leyendo rápidamente o pasando las páginas de un libro sabio o piadoso. Es una lectura lenta, meditativa. Los antiguos hablan incluso de masticar o de rumiar. Consiste en leer con tranquilidad las palabras divinas, repitiéndolas con convicción y simplicidad, entreteniéndose en ellas y encontrando alegría, gustándolas al contemplarlas brevemente, y orando a base de ellas.

El ejemplo y la fórmula de este método, lo encontramos en el mismo Evangelio, allí donde nos dice que el Señor repetía a menudo las mismas palabras, *eunden sermonem dicens*.

Por tanto, no consiste en construir grandes teorías especulativas, en recorrer ideas o textos, sino en detenerse sobre algunas palabras sagradas para de ellas sacar el alimento. La oración debe salir de este rumiar lento y prolongado de la Palabra de Dios; nosotros decimos a Dios esta misma palabra, y con ella expresamos nuestra propia oración.

Así concebida, la *lectio divina* es realmente lo que podríamos llamar una lectura eucarística, una oración eucarística, “una acción de gracias”; devolvemos a Dios, palabra por palabra, la alegría de su mensaje, de tal forma que hacemos de todo nuestro ser en la lectura divina, por nuestra humildad y nuestro respeto, este sacrificio perfecto que Dios desea, el solo sacrificio que espera y nos pide. Cada vez que oramos, nos adentramos más en el misterio de Cristo, en el que primero hemos sido introducidos por los sacramentos.

Lo esencial no son las palabras, sino el consentimiento, la presencia de Dios en el que ora. Tenemos que aceptar con todo nuestro ser el misterio de la salvación, del que la Eucaristía es, en nuestra condición humana, la expresión más adecuada; más que una fórmula o un símbolo es su realización perfecta.

Simplicidad

La conclusión es que la característica común de la oración litúrgica y de la meditación es la simplicidad. Ninguna de las dos exigen esfuerzos psicológicos difíciles. Tan sólo exigen amor: amor a Dios, a las palabras de Dios, a la Iglesia que nos presenta los textos de los que nos debemos servir para orar, a nuestros hermanos que oran como nosotros, con nosotros, con las mismas palabras de Dios. Un amor a las palabras de Dios que brota de nuestro amor a la Palabra de Dios y al Espíritu que nos envía.

La oración no es un diálogo con Dios, sino más bien un dúo. No consiste tanto en plantear problemas y recibir respuestas, en hacer alternar nuestras palabras con las palabras de Dios, como en poner nuestra voz de acuerdo con la voz de Dios en la Iglesia y en nosotros, en cantar con Cristo y su Iglesia, con el Espíritu y la Esposa, en armonizar nuestra voz con las suyas: sólo el alma que canta escucha verdaderamente¹³.

Amor a Dios y a sus misterios. Nuestro objeto no es tanto pensar en nosotros mismos y por nosotros mismos, sino considerar los misterios de Dios: la Trinidad, la Encarnación, la vida de Cristo, y de un modo especial el contenido teológico de los misterios de la salvación realizados por Jesús en su vida, muerte y glorificación; el Espíritu Santo, la Iglesia, la Eucaristía, la Santísima Virgen. Todas estas maravillas de nuestra fe, de nuestro Credo, son las verdaderas fuentes profundas e inagotables de nuestra alegría. Somos pecadores, pero Dios es Dios y Dios es bueno.

La oración de simplicidad consiste en poner de acuerdo nuestra alma con la verdad y la bondad de Dios. Cuando hemos leído, comprendido y pronunciado las palabras en las que Dios nos propone sus misterios, nuestra alma puede estar silenciosa en una breve y pura oración de consentimiento, de aceptación, de adoración, de renuncia a nosotros mismos y nuestras palabras humanas, en la pacífica y única contemplación de las palabras y de las obras divinas.

*Abbaye de St. Maurice et St. Maur
Clervaux (Luxemburg)*

¹³ “*Sola quae cantat audit*”, escribía san BERNARDO (*Super Cant.* I). Y P. CLAUDEL decía: “Si alguien canta, cantando yo mismo es como lo escucho”.